

DERECHO, DEMOCRACIA Y CAMBIO SOCIAL EN LA AMÉRICA LATINA

CARLOS RIVERA LUGO¹

Nuestra América está dando señales de un nuevo giro a favor de un cambio verdadero que nos permita, por fin, despertar de la larga noche neoliberal que hemos padecido durante, por lo menos, las pasadas tres décadas. El neoliberalismo ha provocado mayores desigualdades en la América Latina y una pérdida impresionante de sus fuerzas productivas propias. La tendencia a la profundización de las desigualdades ha contribuido, a su vez, a la inestabilidad política y a una seria crisis de gobernabilidad en la región. La equiparación que hacen los neoliberales entre democracia y mercado, sólo ha servido para abrir más la brecha de insatisfacción de la mayoría de los ciudadanos latinoamericanos con la llamada democracia por los raquíticos resultados del *chorreo* prometido. Consecuentemente, las resistencias al modelo se han multiplicado por doquier y producto de ello el Estado en la América Latina se enfrenta hoy al reto de redelimitar su naturaleza, estructuras y procesos para poder garantizar la tan ansiada gobernabilidad.

En ese contexto, la sociedad, el Estado y el Derecho en la América Latina, se me antojan signos en busca urgentemente de interpretaciones alternativas. Quienes las ofrezcan lograrán, tal vez, posicionarse estratégicamente en ese drama histórico que anda hoy desesperadamente por doquier en busca de protagonistas. Pues hoy más que nunca y no empece la sensación, que a ratos en estos tiempos nos embarga, de habernos convertido todos y todas en deambulantes sin referentes conocidos, nuestros destinos colectivos e individuales son proyectos en transformación reclamándonos capacidad para introducirle otro sentido y dirección. La realidad se nos presenta hoy como una constelación un tanto azarosa de cambios y quiebres que por encima de las decepciones, confusiones y rabias que nos puedan embargar, por encima de todo, lo que se vive constituye oportunidades que la vida nos da para aprender, crecer y dar nuevos saltos o, por lo menos, pequeños y progresivos pasos en el devenir histórico de la civilización humana, con sus signos tanto positivos como negativos. Este es el reto mayor que nos plantea la era presente.

A propósito de ello y a riesgo de que se me tache de utopista, debo confesar que creo firmemente en que el mundo está hoy inmerso en una revolución que, como dice el sociólogo chileno Fernando Mires, no habrá sido la soñada

¹ Facultad de Derecho Eugenio María de Hostos, Mayagüez, Puerto Rico.

por mi generación, pero revolución al fin, la que al fin y al cabo trajo el barco. Contrario a la valoración histórica estrecha que postula que la revolución se reduce o se resume en el "gran acontecimiento", parafraseando a Federico Nietzsche, la realidad histórica se ha encargado de demostrar que las revoluciones, si de verdad lo son, constituyen procesos moleculares y multidimensionales integrados, a su vez, por una multiplicidad de revoluciones interactuantes de largo plazo en la cultura, la sociedad, la economía, la política y el pensamiento de una civilización dada.²

Vivimos hoy una profunda reestructuración general, empíricamente contundente, de la economía, cultura, sociedad y política con hondas repercusiones sobre nuestra visión de mundo y las formas en que hasta ahora nos habíamos organizado para transformar nuestras condiciones materiales y espirituales de vida, es decir, una verdadera ruptura paradigmática.³ Esta revolución que se vive constituye un gradual, molecular y multidimensional quiebre civilizatorio⁴ que, estoy convencido, anuncia los primeros asomos de un nuevo modo de producción y de relaciones sociales marcado por la centralidad de la información o, mejor aún, el saber. Bajo éste, el saber es poder. No me refiero aquí exclusivamente a los saberes hoy hegemónicos y que pretenden reinscribir y recodificar las desigualdades e injusticias de siempre en las instituciones rectoras del orden actual. Sobre todo, apunto a los saberes silvestres y alternativos que abren paso a unos espacios o focos paralelos de poder y prescripción normativa en la sociedad contemporánea, desde los cuales aspiran a desarrollar nuevas formas de gobernabilidad más pertinentes a nuestras realidades y necesidades, dentro de un espacio social reconstruido.

Y es que el poder adquiere una condición difusa en estos tiempos. El Estado crecientemente se desmitifica⁵ o debilita como "dedo ordenador de Dios".

² Véase a Fernando Mires, *La revolución que nadie soñó o la otra postmodernidad*, Nueva Sociedad, Caracas, 1996, págs. 9-15.

³ Me refiero aquí al concepto desarrollado por el científico Thomas Kuhn en su obra *The Structure of Scientific Revolutions*, Second Edition, University of Chicago, Chicago, 1951. En su aplicación a las ciencias sociales, una ruptura paradigmática se refiere a la crisis que se provoca cuando la visión particular que prevalece de la sociedad resulta ya insuficiente para entender la misma y encarar efectivamente la necesidad de su transformación. La superación de esta crisis requiere un cambio paradigmático, es decir, un rompimiento con el conjunto de ideas, percepciones, valores y prácticas que caracterizaban el anterior paradigma y el desarrollo de una nueva visión de la realidad y la formas de transformarla.

⁴ Sobre este particular, véase a Immanuel Wallerstein, *El futuro de la civilización capitalista*, Icaria Editorial, Barcelona, 1997.

⁵ Para Paolo Grossi, la mitología jurídica constituyó una estrategia dominante de la modernidad. Lo jurídico tiene necesidad del mito porque "tiene necesidad de un absoluto al que acogerse; el mito suple notablemente la carencia de absoluto que se ha producido y colma el vacío en otro caso peligroso para

Los procesos sociales de prescripción normativa se hacen crecientemente acentrados, dispersos y heterogéneos. La cuestión del poder se define hoy en función de un combate continuo, entre diversos códigos culturales y políticos, por imprimirle sentido y dirección a una sociedad, como la nuestra, marcada por una seria crisis de gobernabilidad que, más allá de sus signos negativos, se nos presenta como oportunidad. El Derecho es una esas trincheras en que se entabla dicho forcejeo.

Nuestras miras han estado nubladas por demasiado tiempo por las consabidas ideologías y tribalismos partidistas. Como bien advirtió Marx, éstas confunden continuamente sus deseos con la realidad, es decir, el modo de vida, el cotidiano, el de los seres humanos vivientes, el empíricamente constatable. Las ideologías, afanadas en conservar sus cómodos y parciales nichos de "verdad", sólo son capaces de producir verdades fetichizadas que nos condenan a una falsa consciencia de la realidad. Ahora bien, cuando las circunstancias le juegan a las ideologías y a las teorías la travesura de escapar magistralmente de sus reduccionismos, éstas se tornan obsoletas y empiezan a poblar la acción de sus creyentes con mitos y abstracciones sin eficacia práctica alguna. Cuando esto sucede, estamos confrontados, nos guste o no, con el imperativo de desarrollar un nuevo entendimiento, una nueva reflexión filosófico-política y unos nuevas prácticas más afines a las nuevas realidades. Y para ello, como ha advertido Habermas, no podemos depender exclusivamente de una teoría dada.⁶ La realidad ya trasciende la posibilidad de ser explicada únicamente a partir de una sola teoría, incluyendo el marxismo. El primero que habría validado esta conclusión sería el propio Marx. Ahora bien, sin Marx tampoco podrá entenderse nada.

Hasta hace casi dos años la izquierda parecía postrada por doquier en nuestro continente, tal vez con la única honrosa excepción de Cuba y con algunas señales esperanzadoras en el zapatismo en México y el chavismo en Venezuela. No sabíamos qué hacer. Habíamos perdido nuestros tradicionales referentes políticos, la mayor parte europeos, con el espectacular colapso de ese llamado socialismo real que anidaba en la Unión Soviética y sus aliados del este de Europa.

Europa se reorganizó al son de una versión neoliberal de su Unión y su izquierda intentó atropelladamente desplazarse hacia un centro teórico ya ocupado por una derecha mucho más creíble. China se embarcó en las "cuatro modernizaciones", abrazando las leyes del mercado capitalista, aunque bajo el ojo avizor de un Partido Comunista que forcejeaba a su vez en las nuevas circunstancias con sus propias señas de identidad. Entretanto, Estados Unidos se fue moviendo hacia la derecha en función de visiones fundamentalistas de sí mismo y una agresiva renovación de su mesiánica agenda imperial en relación al mundo.

la propia estabilidad del nuevo marco de la sociedad civil". *Mitología jurídica de la modernidad*, Editorial Trotta, Madrid, 2003, págs. 34-44.

⁶ Jürgen Habermas, *Theory and Practice*, Beacon Press, Boston, 1974, pp. 195-252.

Sin embargo, donde unos vieron el llamado colapso del movimiento socialista y comunista a nivel mundial, otros atisbamos ver una revolución de dimensiones mucho más profundas que sacudía al socialismo realmente existente en Europa en tanto y en cuanto, como certeramente sentenció el Che Guevara, nunca superó en el fondo la economicista lógica capitalista e industrial. Ello llevó a la mercantilización y privatización de las consciencias de las sociedades de los países socialistas europeos. Nunca se entendió a cabalidad la admonición del filósofo marxista italiano Antonio Gramsci acerca del imperativo de emprender, más allá de la revolución política, otra y más atrevida revolución, esta vez cultural e intelectual, que potenciase el desarrollo de una nueva consciencia, una nueva cultura, unos nuevos valores, unos nuevos seres humanos, en fin, una nueva civilización.

Así las cosas, donde unos percibieron el triunfo definitivo del capitalismo como el "mejor de los mundos posibles", otros advertíamos que tal vez éstos cantos de victoria eran un tanto prematuros. En los intersticios del llamado colapso del "socialismo real" se podía advertir una impugnación social y ética mucho más radical que terminaría por golpear eventualmente a la civilización capitalista toda, con la que el socialismo real europeo nunca realmente logró romper. En última instancia, hay que admitir que sus regímenes políticos fueron derribados no por los tanques del imperialismo estadounidense sino por sus propias sociedades civiles quienes dejaron de creer en ellos, negándole así su tan necesaria legitimación.

Hoy, sin embargo, se puede atisbar, con cierta meridiana claridad, en la América Latina la aparición de unas nuevas tendencias de cambio representadas, por un lado, por el surgimiento de una serie de gobiernos que se identifican de izquierda, centroizquierda o progresistas y, por otro lado, la aparición de nuevos movimientos sociales que, como bien advierte Atilio Borón, "adquirieron una enorme gravitación". En el primer caso, se trata de países como Venezuela, Brasil, Argentina y más recientemente Uruguay, los cuales ejemplifican las posibilidades reales de que nuestros pueblos vuelvan a movilizarse en torno a alternativas progresistas serias y realistas. Alrededor de éstos se va forjando un bloque regional importante de poder. No debe despreciarse tampoco la diferencia representada por los gobiernos de Chile, Panamá y República Dominicana. En Guatemala, Nicaragua, Colombia y Ecuador se producen también avances significativos de fuerzas de centroizquierda en el ámbito parlamentario, regional y municipal. En Chile, recientemente ha irrumpido un frente de izquierda y progresista antineoliberal que se ha constituido como un factor influyente en el escenario político.

En cuanto a los nuevos movimientos sociales, éstos se manifiestan de diversos modos: desde la conquista de calles y plazas de los piqueteros argentinos, las ocupaciones de tierras de los "sin tierra" en Brasil, hasta las masivas insurgen-

cias civiles que provocaron, por ejemplo, en los casos de Perú, Argentina, Ecuador y Bolivia el derrocamiento de gobiernos neoliberales. En Ecuador, Bolivia y Perú los movimientos indígenas surgen como factores autónomos de poder. Todo ello constituye una manifestación de esos nuevos sujetos contestatarios que han irrumpido en la política latinoamericana durante los últimos años para retar al actual orden capitalista y la destrucción por éste de fuerzas productivas nacionales, lo que los ha condenado a la miseria y la desesperanza. Es otro testimonio de que la lucha de clases, la misma que virtualmente desapareció durante, por lo menos, la pasada década, vuelve a asomar porfiadamente la cabeza, aunque bajo nuevas e inéditas formas. Ello sirve para atestiguar que no es la historia o la democracia las que estaban cansadas, sino que en todo caso eran las propuestas y las prácticas políticas del modelo democrático representativo liberal que ha advenido en una especie de plutocracia neoliberal en la cual los partidos y gobiernos se pusieron al servicio de los sectores financieros y comerciales transnacionales.

Los pueblos se niegan a continuar avalando las mismas opciones de siempre, sean de derecha, centro o de izquierda, con sus retóricas y acciones cada vez menos pertinentes a la solución de los problemas que enfrentan en sus vidas cotidianas. En ese sentido, es forzado admitir que si ha existido una crisis de la política en estos últimos tiempos, ésta se ha debido a la ausencia hasta ahora de alternativas que realmente se atrevan a ser diferentes en tanto y en cuanto estén comprometidas con una nueva política, no la de las sectas ideológicas excluyentes sino que la de los esfuerzos dirigidos a la potenciación de una acción efectivamente colectiva en función de un interés general por un cambio verdadero y pertinente. Lo que se cuestionaba era el sentido de la política, el para qué y el qué hacer. Lo existente no satisfacía las expectativas de sectores significativos de la sociedad. La llamada crisis de gobernabilidad confrontada en muchos países era esencialmente, pues, una crisis de legitimación.

En la medida en que la izquierda latinoamericana se ha ido repensado en diversos escenarios nacionales, ha logrado salir del empantanamiento de los pasados años y se ha convertido nuevamente en protagonista vital. Ésta demuestra así con fuerza renovada que está madura nuevamente para gobernar. Ello ha tenido, por ejemplo, el resultado de que se han abierto de par en par las puertas a la construcción de un MERCOSUR como un proyecto de integración no sólo económico sino que también político que sirva de marco para una Comunidad Latinoamericana de Naciones, desde el sur del Río Bravo hasta la Patagonia, pasando también y necesariamente por nuestras Antillas, que nos una más allá de los proyectos neoimperiales de integración que el gobierno estadounidense nos pretende vender.

La América Latina se erige así tal vez en el principal referente para la articulación de un nuevo discurso emancipador dentro de la comunidad internacional, que incluye destacadamente un replanteamiento radical del ideal democrático. A ello ha contribuido el desgaste, en algunos casos, de los instrumentos

partidarios tradicionales de la burguesía producto, precisamente, de los estragos causados por sus políticas neoliberales. De ahí la influencia decisiva de las propuestas alternativas a las políticas neoliberales, incluyendo de ampliación de la participación ciudadana, hechas a través de los sucesivos Foros de Porto Alegre, así como las experiencias de descentralización político-administrativa y autogobierno popular producidas a partir de la constitución de las "juntas de buen gobierno" por todo Chiapas por parte de los zapatistas en México. La construcción de una democracia desde la base de la sociedad. En ambos casos estamos ante dos nuevos referentes, no sólo de resistencia al neoliberalismo, sino que más allá de construcción de una democracia desde la base. En el caso del zapatismo, éste se constituyó definitivamente en uno de esos signos alentadores que desesperadamente andábamos buscando que nos testimoniase que hacer la revolución seguía siendo una vocación rentable en estos tiempos azarosos de lo *políticamente correcto*.

En términos del desarrollo de la teoría y las prácticas democráticas, el caso de Venezuela ha tenido una amplia repercusión, sobre todo a raíz del impresionante proceso que refrendó el mandato de su presidente Hugo Chávez, lo que constituyó un acontecimiento clave en la historia política contemporánea de la América nuestra. Por fin, muchos, en particular los pobres y marginados, han tomado conciencia en estos últimos tiempos que la democracia también les pertenece y que sólo mediante el más decidido ejercicio de su poder ciudadano podrán lograr que el futuro también sea suyo.

Hay algunos que opinan, en la mejor tradición platónica, que a mayor democracia, mayores también son los problemas de gobernabilidad. Según éstos, los referendos revocatorios sólo producen inestabilidad política. Y si bien es cierto, este tipo de consulta puede convertirse en un foco para intentar desestabilizar políticamente a un gobierno, me parece que el principio constitucional reivindicado constituye un gran avance para la ampliación de la democracia en la América nuestra, en dirección a un modelo de democracia participativa, sobre todo ante el descrédito en que han caído las llamadas democracias representativas de las elites políticas y económicas tradicionales. No es menos democracia sino más democracia lo que hace falta,⁷ con todos los retos que inevitablemente ello plantea.

⁷ El sociólogo británico Anthony Giddens habla de la creciente paradoja de las sociedades democráticas modernas: la masiva desilusión que está cundiendo con los mecanismos institucionales y procesos democráticos tradicionales. Claro está, no es que las personas hayan dejado de creer en la democracia per se, nos dice, si no mas bien en los procesos, valores e instituciones que hoy la caracterizan. Según Giddens, los ciudadanos no están menos interesados en la política, si no que han perdido interés más bien en la política tradicional y ortodoxa. Concluye advirtiendo que no es menos participación democrática la que se desea, si no una ampliación significativa de la existente, es decir, una democrati-

Deseo subrayar la significativa contribución del caso venezolano al desarrollo de la filosofía política y el Derecho Constitucional en la América Latina. La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, de 1999, dice en el artículo 62 del capítulo IV ("De los derechos políticos y del referendo popular"):

"Todos los ciudadanos y ciudadanas tienen el derecho de participar libremente en los asuntos públicos, directamente o por medio de sus representantes elegidos o elegidas. La participación del pueblo en la formación, ejecución y control de la gestión pública es el medio necesario para lograr el protagonismo que garantice su completo desarrollo, tanto individual como colectivo."

El artículo 70 agrega:

"Son medios de participación y protagonismo del pueblo en el ejercicio de su soberanía, en lo político: la elección de cargos públicos, el referendo, la consulta popular, la revocatoria del mandato, la iniciativa legislativa, constitucional y constituyente, el cabildo abierto y la asamblea de ciudadanos y ciudadanas cuyas decisiones serán de carácter vinculante."

Según el filósofo latinoamericano Enrique Dussel, estas disposiciones deben entenderse como parte de una aspiración de "articular una democracia representativa con una democracia participativa del pueblo". En ese contexto, tanto el principio refrendario como el que permite la abrogación de leyes "significa una intervención participativa del pueblo, recordando a los representantes que sólo son tales: representantes y no poder soberano", como en el caso del modelo liberal de democracia representativa. Y añade: "En este sentido aparece una novedad sobre el llamado Poder Ciudadano. Desde el siglo XVIII, por los aportes de Montesquieu, entre otros, se llegó al consenso de que era conveniente dividir los poderes del Estado al menos en dos: el Poder Legislativo y el Poder Ejecutivo -elegidos directamente por el pueblo-, los que, por su parte y según maneras diversas, nombrarían a los miembros del Poder Judicial -no elegido directamente por el pueblo-, y que mantendría una cierta autonomía de los dos poderes originantes, constituyendo algo así como un tercer poder. Y bien, la República Bolivariana de Venezuela innova en este aspecto significando un objeto original nuevo de la práctica y de la ciencia políticas."⁸

Incluso, la Constitución bolivariana posee otra importante innovación, cuya inspiración se encuentra en parte en el ideario republicano de Simón Bolívar. Hablo del título IV (Del poder público), en el que se hace una revisión del modelo clásico de separación y equilibrio de poderes para ampliar los poderes a cinco en vez de tres: "El Poder Público Nacional se divide en Legislativo, Ejecutivo, Judi-

zación de la democracia. Véase a Anthony Giddens, *Runaway World*, Routledge, New York, 1999, págs. 89-96.

⁸ Enrique Dussel, "El poder ciudadano en la Constitución venezolana", *La Jornada*, México, agosto de 2004.

cial, Ciudadano y Electoral." El capítulo IV es el que se refiere al Poder Ciudadano y dispone que éste se ejerce por "el Consejo Moral Republicano" (artículo 273), integrado por la Defensoría del Pueblo, el Ministerio Público y la Contraloría General de la República.

Si bien es cierto que la democracia es comúnmente definida como el gobierno del pueblo, a su vez no se puede decir que el pueblo es uno, es decir, una unidad indiferenciada. Está integrada por una multiplicidad de intereses y aspiraciones, por una diversidad de voluntades y voces. Precisamente uno de los grandes retos de la sociedad democrática contemporánea es cómo hacerse cada día más y más representativa del conjunto de sus hijos e hijas. La democracia es hoy sobre todo un histórico reto de forjar la construcción en común de un futuro más libre, justo, ético y prospero...claro está, para todos y no sólo para unos pocos. Sólo así se construye una comunidad humana superior. Ése es precisamente el reto que confronta Chávez luego de su impresionante triunfo en el referéndum venezolano, aunque complicado por el hecho de la existencia de una oposición con muy poca voluntad democrática empeñada en provocar un choque político y social de graves consecuencias para el país. Aquellos miembros o representantes de la oligarquía venezolana que andaban antes a sus anchas y administraban las riquezas del país a su antojo y en su beneficio casi exclusivo, hoy andan resentidos, aterrorizados de perder sus tradicionales beneficios de clase en aras de una necesaria redistribución de la riqueza y de las oportunidades a favor de los más necesitados del país, la mayoría. La oligarquía pretende desconocer la esencial igualdad entre los ciudadanos. Y no quieren ceder un ápice en sus intereses. La lucha de clases ha salido a la superficie y se ha convertido en el motor de los acontecimientos. En fin, mientras Chávez propone otra lógica del juego democrático, el incluyente, el odio adversarial propio de la lógica excluyente fomentada por la oposición llega a niveles realmente patológicos.

Según el intelectual paquistaní y líder *altermundista* Tariq Alí: "Mientras los pobres en Venezuela apoyen este gobierno, sobrevivirá. Cuando le retiren su apoyo caerá. Pero creo que sería útil que el movimiento antiglobalizador —y hay muchas corrientes diferentes allí—, viniera y observara lo que aquí sucede. ¿Cuál es el problema? Vayan a los barrios, vean como son las vidas de esas personas y vean como eran antes de que este gobierno asumiera el poder. Y no se dejen llevar por estereotipos. No se puede cambiar el mundo sin tomar el poder, ése es el ejemplo de Venezuela. Chávez está mejorando la vida de la gente común y corriente. Por eso es difícil derrocarlo, de otro modo ya estaría derrocado. Esto es algo que la gente del movimiento antimundialización debe entender, esto es política seria." Tomar el poder para transformar el mundo, aunque sea en pequeñas dosis, es la propuesta que Alí ve representada en la Revolución Bolivariana.

La victoria en el referéndum le da a Chávez la oportunidad de dar otro paso para la consolidación del proyecto revolucionario bolivariano que encabeza,

a la vez que le presenta el reto de profundizarlo mediante la articulación de un nuevo modelo de desarrollo centrado precisamente en la atención de las necesidades de los ciudadanos, sobre todo los pobres y marginados. Para ello, entiende Chávez, Venezuela tiene que romper con el modelo capitalista vigente y encaminarse hacia el desarrollo de un modelo revisado y autóctono del socialismo. La salud del proyecto bolivariano de Chávez dependerá de que efectivamente siga dando pasos concretos y organizados en el desarrollo de ese nuevo modelo de desarrollo, apuntalado en una agresiva política internacional centrada a su vez en la promoción de alianzas estratégicas a través de iniciativas alternativas de cooperación e integración como la representada por la Alternativa Bolivariana de los Pueblos (ALBA), su propuesta alternativa al nefasto Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA), de procedencia estadounidense.

Por otro lado, está el caso de Brasil el gobierno del Presidente Luiz Inácio Lula da Silva, líder obrero y dirigente del Partido de los Trabajadores, se presenta como una opción política esperanzadora con una significativa influencia sobre el resto de la región. La política del gobierno de Lula aparenta sostenerse en los siguientes cinco ejes:

1. La atención de la deuda pública, la contención de los gastos e inversiones gubernamentales y la recuperación de la confianza de los agentes económicos globales;
2. El establecimiento del Programa Hambre Cero para atender la grave situación de pobreza y marginación social que existe en el país;
3. Una reforma tributaria y de seguridad social para reducir no sólo la deuda pública sino que, además, para generar algún efecto distributivo positivo para los más necesitados;
4. La radicalización de la sociedad democrática mediante la promoción activa de una ciudadanía activa, crítica y participativa en todos los procesos decisoriales de las instituciones representativas;
5. La puesta en marcha de unas iniciativas internacionales que promuevan unas relaciones económicas más democráticas y solidarias, así como una integración regional que potencie los intereses soberanos de los pueblos latinoamericanos como nuevo bloque de poder al interior de una economía global dominada marcadamente hasta ahora por Estados Unidos y la Unión Europea.

Claro está, algunos de estos ejes son esencialmente políticas económicas consideradas "ortodoxas", por no decir neoliberales, como bien advierten algunos de los críticos del nuevo gobierno que esperaban un mayor distanciamiento de la agenda neoliberal que tendió a caracterizar al gobierno anterior de Fernando Henrique Cardoso. Por su parte, Lula riposta que con el uso de las políticas económicas llamadas ortodoxas pretende crear una nueva situación y pro-

mover un modelo de desarrollo propio que promueva, simultáneamente con el crecimiento, una redistribución de la riqueza y una reducción significativa de las desigualdades sociales. Un intento por romper radical e inmediatamente con el neoliberalismo podría afectar el bloque de alianzas políticas con fuerzas de centro y, aún algunas de derecha, que articuló Lula alrededor de su gobierno más allá del Partido de los Trabajadores. Además, éste parece temer que en las actuales circunstancias ello podría llevar a una desestabilización y colapso económico similar al vivido por Argentina. De ahí que, en todo caso, ha optado por una salida gradual del neoliberalismo, en una coyuntura internacional que, según entiende, no es aún propicia para la puesta en marcha de iniciativas anti-capitalistas muy atrevidas. También hay quienes sostienen que los escasos resultados hasta ahora reflejan tal vez una inexplicable capitulación en el desarrollo de un modelo alternativo que le está costando en credibilidad entre un sector del gobernante Partido de los Trabajadores, la izquierda y el pueblo en general.

Ahora bien, la sintonía entre Lula y el presidente argentino Néstor Kirchner para la revitalización del arreglo económico subregional del MERCOSUR y su ampliación inmediata hacia los países andinos, particularmente Venezuela, así como el desarrollo por éste de nuevas relaciones de cooperación económica con Cuba y México, tal vez le presenta a la América Latina una oportunidad singular. Los países latinoamericanos deben definir si van a concentrarse en alcanzar la largamente ansiada unidad continental, con identidad propia, o si van a hipotecar su futuro económico, social y político en el apoyo servil a la nueva propuesta neocolonial de Estados Unidos: el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

Ambos, Lula y Kirchner se han comprometido a convertir al MERCOSUR en el motor de un nuevo proceso de integración latinoamericana que incluiría el establecimiento de un Parlamento regional y la adopción de políticas macroeconómicas comunes. Esperan además que sirva para reducir la pobreza y grandes disparidades sociales que andan rampantes en la región. Su oposición al ALCA, sin embargo, no ha sido frontal sino que han optado ambos por explotar las contradicciones del discurso librecambista para evidenciar las desigualdades inherentes al arreglo, según concebido por Estados Unidos. Le han reclamado: lo que es igual para todos no debe reconocerle ventaja a ninguno.

Por otra parte, en lo que se considera otra iniciativa estratégica de gran importancia protagonizada por el gobierno de Lula, Brasil suscribió en el 2003 un acuerdo con los gobiernos de India y África del Sur para impulsar un llamado G-3. El objetivo del grupo es, por un lado, fortalecer la cooperación económica y política entre éstos, así como unificar sus posiciones en los foros internacionales. Más allá, la iniciativa, que aún está en una etapa embrionaria, se plantea incluir al resto de los países del MERCOSUR y de la Unión Aduanera de África Austral. Se propone, asimismo, incluir a China y Ru-

sia, lo que constituiría un serio desafío a la diplomacia imperial de los Estados Unidos. Lula insiste así en globalizar su visión alternativa al nuevo orden totalitario que impulsa Washington por todo el planeta. De ello también da testimonio la magna campaña contra el hambre que lidera a nivel internacional.

Por otro lado, en el caso del reciente triunfo electoral de centroizquierda en Uruguay, éste ha servido para dar un testimonio contundente de que a veces para *ser* o abrirle paso al *todavía-no-ser*, la izquierda tiene que atreverse a morir en parte para renacer transformada más allá de sí misma. Estableció alianzas maduras con vastos sectores al interior de sí misma y más allá de sí misma. Desarrolló una amplia y ejemplar penetración en todos los rincones del país y en todas las manifestaciones de la vida nacional. Se dejaron de lado las estériles disputas ideológicas y personalistas para marchar hacia la conquista del gobierno. La hegemonía de las nuevas fuerzas gobernantes uruguayas se fue produciendo, pues, desde abajo. De paso sumó fuerzas, la prueba de fuego de toda política, creció y se convirtió en una necesidad histórica ineludible. Se erigió, junto a su proyecto de cambio, en políticamente hegemónica, siendo la máxima garantía para asegurarle al país la gobernabilidad. No se conformó con ser meramente destructora del pasado en el presente. Pasó a ser constructora de un nuevo porvenir.

Fue así que la izquierda uruguaya logró potenciar exponencialmente sus principios revolucionarios. Se socializó, es decir, se hizo por fin sociedad toda, se hizo Estado. Es la necesaria metamorfosis, verdaderamente revolucionaria, por la que tiene que pasar cualquier fuerza política radical si desea realmente representar una alternativa creíble ante lo existente, ser opción real de poder para la transformación radical de una sociedad. En fin, la utopía tiene que poner los pies sobre la tierra para echarse finalmente a andar al ritmo y por los caminos que permitan las circunstancias históricas. Y éstas no admiten reduccionismos: siempre serán el resultado de una combinación imaginativa y audaz entre las determinaciones materiales y la voluntad humana. Como nos dice Ernst Bloch, la utopía es algo consustancial a la realidad misma, una realidad que es proceso, donde lo nuevo está continuamente surgiendo de lo real a través de los forcejeos del ser humano para rebasar lo inmediato, lo que *es*, en dirección al *todavía-no-ser* que ya se asoma, aunque aún tímidamente, aquí y allá.⁹ La utopía, vista desde esta perspectiva, posee una correlación necesaria con la realidad.

La crisis del modelo neoliberal en Uruguay no desembocó en el colapso del Estado y la economía como ocurrió hace unos pocos años en Argentina a manos de los radicales y los peronistas. En su lugar, las fuerzas de centroizquierda se dieron a la tarea de garantizar la estabilidad de la sociedad pero a partir la implantación de un modelo de desarrollo más justo y equilibrado que le permi-

⁹ Ernst Bloch, *El principio esperanza*, Editorial Trotta, Madrid, Vol. 1, págs. 13-16.

ta, al igual que en el caso de Brasil, salir gradualmente del neoliberalismo. La propuesta estratégica del nuevo gobierno de centroizquierda implica la aceptación de un proceso de cambios progresivos para el cual, además, se han identificado unas prioridades inmediatas: atender la condición de pobreza e indigencia en que vive casi una tercera parte de la población; potenciar el *Uruguay productivo*, es decir, un auténtico desarrollo productivo sostenible mediante la instrumentación de políticas que le den un nuevo impulso a la producción en todos los ámbitos de la economía; la generación de nuevos empleos que realmente contribuyan al progreso de la gente, y una mejor distribución de la riqueza; la descentralización político-administrativa del Estado para garantizar la eficacia de sus esfuerzos de gestión económica, así como la descentralización en cuanto a la asignación de los recursos económicos del Estado para que los gobiernos locales, tanto los departamentales como los municipales, no sean rehenes del gobierno nacional; garantizar la transparencia y eficiencia en la administración pública; y generar una ciudadanía participativa como necesidad de la nueva realidad que se aspira construir. En relación a la participación ciudadana, las fuerzas de centroizquierda agrupadas en el "Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría" han propuesto un plan estratégico de fomento a la misma, la promoción de una ley básica de participación y hasta la creación de un consejo ciudadano para el seguimiento de los compromisos de gobierno.

Al igual que en los casos de Venezuela, Brasil y Argentina, el cambio en Uruguay dependerá de la relación de fuerzas tanto internas como externas, a nivel regional. En el proceso, el reto interior será mantener el equilibrio necesario entre los cambios y la necesaria estabilidad económica, entre los trabajadores y marginados a quienes les urgen los cambios, y los empresarios y financieros que hasta ahora han marcado las pautas de la economía. Más allá de sus fronteras, tienen que también torear efectivamente la poderosa presencia del Gobierno de Estados Unidos y la Unión Europea a quienes esencialmente les motiva, el mantenimiento y ampliación de sus privilegios en el marco de las actuales relaciones de dependencia, por encima de la gestación de economías nacionales auténticamente independientes. Asimismo, tienen que enfrentar el chantaje de los organismos financieros internacionales y el fantasma siempre presente de la fuga de capital.

Ahora bien, Boron nos recuerda que Max Weber afirmó en una ocasión que la historia ha comprobado que "en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez". A propósito de ello, nos advierte el sociólogo:

"Las palabras de Weber son tanto más importantes en un continente como el nuestro, en donde las enseñanzas de la historia demuestran de modo inapelable que hubo que intentar lo imposible para lograr modestos avances; que se necesitaron verdaderas revoluciones para instituir algunas reformas en las estructuras sociales de la región más injusta del planeta; y que sin una utopía política

audaz y movilizadora los impulsos reformistas se extinguen, los gobernantes capitulan y sus gobiernos terminan asumiendo como su tarea fundamental la decepcionante administración de las rutinas cotidianas.

“Las esperanzas depositadas en un vigoroso reformismo, posible sin duda alguna, no significan hacer oídos sordos a las sabias advertencias de Rosa Luxemburgo cuando decía que las reformas sociales, por genuinas y enérgicas que sean, no cambian la naturaleza de la sociedad preexistente. Lo que ocurre es que al no estar la revolución en la agenda inmediata de las grandes masas de América Latina, la reforma social se convierte en la coyuntura actual en la única alternativa disponible para hacer política”.¹⁰

Boron concluye advirtiendo que la historia pasada ha demostrado irrefutablemente que las reformas no son suficientes para “superar” el capitalismo. Podrán producir cambios importantes, sin duda alguna, pero sin cambiar el sistema.

De ahí el enorme simbolismo del reencuentro histórico de la América Latina con la figura de Salvador Allende en estos tiempos de Chávez en Venezuela, Lula en Brasil, Kirchner en Argentina y Tabaré Vázquez en Uruguay. Representa éste una visión alternativa frente al nuevo orden global neoliberal. Quién mejor representa los retos actuales que encaran estos presidentes latinoamericanos: la ampliación y radicalización de la sociedad democrática más allá de los estrechos límites del liberalismo burgués; la reestructuración económica y social en dirección a una repartición más justa y equitativa de la riqueza entre sus respectivos pueblos; la unidad política e integración económica regional frente a los principales poderes imperiales en el mundo contemporáneo y a las instituciones financieras y comerciales internacionales encargadas por éstos de la gerencia de la llamada nueva economía global.

Bajo Allende, Chile logró recuperar las riquezas básicas del país y crear una imponente área de propiedad social que llegó a generar más de la mitad del Producto Nacional Bruto (PNB). En 105 de las 125 empresas estatizadas se estableció la participación directa de los trabajadores en la conducción. El Producto Bruto Interno creció en un 7.7 por ciento en 1971 y el desempleo bajó del 8.3 al 3.8 por ciento. En ese mismo año, su apoyo electoral en las elecciones parlamentarias celebradas, aumentó a 49.8 por ciento, de 36.2 que había obtenido en las elecciones presidenciales de septiembre de 1970. El gobierno de la Unidad Popular consiguió, además, un éxito sin precedentes, sólo superado por la Cuba socialista, en la redistribución del ingreso nacional. En este sentido la participación de los trabajadores en el PNB se elevó hasta un 59 por ciento en 1972, cuando a raíz de las políticas neoliberales aplicadas por la dictadura y el gobierno de la Concertación Democrática llega hoy a apenas un 34.5 por ciento. En esencia, ese avance popular inédito protagonizado por el Gobierno de la Unidad

¹⁰ Atilio Boron, *La renovada presencia de la izquierda en la vida política latinoamericana: América sin tregua*, 4 de noviembre de 2004.

Popular fue la razón principal para la ofensiva política y económica desestabilizadora que desembocó en el trágico 11 de septiembre de 1973. Sin embargo, luego de tres décadas de aquellos sucesos nos hemos visto sorprendidos por el veredicto final de la historia: la plena legitimación democrática de la opción de transformación social representada por Allende.

En fin, no estaremos ciertamente ante una coyuntura revolucionaria, como concebida clásicamente, pero, igualmente hay que admitir que lo revolucionario es, por un lado, lo que las propias circunstancias van presentando, y, por otro lado, a partir de las mismas hacer en todo momento lo que hay que hacer. Cada día tiene su propio afán, dice la Biblia. Eso sí, lo que se haga hoy, determinará el carácter del mañana. De ahí que las miras tienen que estar puestas en la ampliación radical de la participación democrática y la potenciación de un modelo alternativo de desarrollo económico. Dicho modelo debe ir acoplado a un modelo de integración regional alternativa como la representada por el MERCOSUR, la Comunidad Suramericana de Naciones o la iniciativa venezolana del ALBA, a la cual ya se ha sumado Cuba.

La América Latina de hoy no será la de los años iniciales de la Revolución cubana o la del Chile de Allende. Recordar aquellos años y recrearlos en nuestra memoria colectiva es importante, incluso imperativo, por cuanto es parte indispensable de nuestro equipaje político. Pero, su significado mayor radica en saber construir a partir de dichas experiencias y no reducirnos a meramente añorarlas o, peor aún, a intentar estérilmente reproducirlas. Hay que evitar caer en la pura nostalgia, pero también en el atrincheramiento defensivo o en los falsos triunfalismos. Hay que decidirse a ser constructor del porvenir que se abre paso. La nueva coyuntura no será igual, tendrá sus obstáculos formidables, pero está igualmente preñada de sus propias oportunidades. En fin, estamos ante una situación en que lo viejo no termina de morir y lo nuevo no acaba de nacer sino que recién asoma tímida aunque esperanzadamente la cabeza. En momentos como éste, los principios necesitan urgentemente encarnarse en acciones colectivas crecientes y pertinentes a nuestras realidades actuales.

Si hay algo que a mi me seduce de las nuevas circunstancias es que precisamente se nos presentan no como algo definitivo, sino como antesala de algo por venir, una descolonización total de nuestro modo de vida, un singular parto cuyo desenlace, en última instancia, depende de nosotros. Bien nos lo advertía Nietzsche que el sentido de las cosas no es algo que se nos da o que haya que buscar, sino que fundamentalmente es algo que hay que introducirse, como bien advertía al comienzo de mi ponencia. De ahí que propongo una apuesta filosófica por una perspectiva estratégica y dialógica de las nuevas circunstancias.

El poder es el nombre que le damos hoy a una situación estratégica compleja y difusa en una coyuntura históricamente determinada y cambiante. No es un objeto sino que, sobre todo, una potenciación de la voluntad y del deseo. El

poder no está focalizado en algún sitio en particular. Está en todos sitios a la vez. Nos dice al respecto el sociólogo y antropólogo francés Georges Balandier:

“El espacio político ya no constituye un escenario reconocible con facilidad; es fluctuante, puesto que se halla casi en todas partes; está abierto a un gran número de actores, distintos en función de cuál sea la fuente de su poder.”¹¹

El poder dejó de existir como un foco único de autoridad y fuerza, si es que alguna vez realmente lo estuvo más allá de las reificaciones ideológicas. La sociedad se caracteriza hoy por estar constituida por una red o constelación difusa de poderes, con grados distintos y desiguales de poder, fuerza y autoridad, y con grados diferentes de eficacia. Por eso es que el conflicto social se desarrolla hoy a través de una multiplicidad de focos, tanto locales y regionales, como nacionales e internacionales. El poder se ejerce así a través de toda la sociedad, desde el Estado y sus instituciones, hasta los centros de trabajo, las comunidades, las escuelas y universidades, los sindicatos, las iglesias, los partidos, los periódicos y demás medios de comunicación y, por que no, hasta en las consciencias y las mentes de las personas.

Insisto en que todas las manifestaciones de cambio antes mencionadas sólo pueden entenderse, en toda su magnitud, a partir de esta perspectiva estratégica y dialógica. Sólo en la medida en que estos nuevos sujetos del cambio cultural, social y político contribuyan a una reestructuración y transformación más comprensiva de la experiencia social y política actual pueden incidir, de manera más definitiva, sobre el sentido y dirección actual de nuestra sociedad. Hay que evitar sucumbir ante el espejismo de que lo inmediato lo es todo.

Todavía seguimos presos mayormente de la concepción metafísica del poder cuando la realidad nos compele hacia una comprensión multidimensional o, si se prefiere, microfísica de éste, como certeramente nos invitó Foucault. Sólo a partir de ésta lograremos entender, sin gigantismos teóricos mecanicistas, las mediaciones que existen entre los procesos microsociales y los procesos macrosociales. Sólo así podemos contextualizar y comprender la naturaleza, dinámica y alcance de las crisis de gobernabilidad de estos tiempos y las resistencias o los movimientos contestatarios, las rebeliones civiles que se están produciendo.

Precisamente en función del reclamo a favor de una democracia participativa o radical, la nueva sociedad que se abre paso tiene que ser la del *diálogo vivo* entre todos y todas como único criterio legitimador de verdades y normas¹², como nuevo *grundnorm* o idea reguladora de una nueva visión radicalizada de la

¹¹ Georges Balandier, *El poder en escenas: De la representación del poder al poder de la representación*, Paidós, Barcelona, 1994, pág. 177.

¹² Véase sobre este particular mi libro *La rebelión de Edipo y otras insurgencias jurídicas*, Ediciones Callejón, San Juan, 2004, págs. 221-223.

democracia; la de la cultura del corazón, es decir, la de los sentimientos afectivos y solidarios como único sustrato de las relaciones sociales que no estén basadas en la opresión de unos seres humanos por otros; y la de la transvaloración de la igualdad y la afirmación positiva de la diferencia, a partir de las cuales no se puede justificar moralmente la subordinación de un ser humano ante otro, no importa el fin. Hablo de una sociedad verdaderamente democrática, en la que sus ciudadanos y ciudadanas estén plenamente apoderados y apoderadas de sus destinos, una sociedad verdaderamente libre con perspectivas y prácticas humildes y consensuales. Es una sociedad dedicada a la justicia como amor comprensivo y sentimiento solidario. He aquí el único sentido que puede tener el desarrollo de un Derecho alternativo, tanto en su dimensión prescriptiva como discursiva: tiene que hacerse humilde.

¿Es posible rehacer el Derecho a partir del Derecho mismo o hay que ir más allá del mismo? La condición difusa del poder nos plantea a los juristas comprometidos con el cultivo de saberes silvestres y alternativos, la necesidad de desarrollar estrategias dirigidas a impactar toda esa red y entramado social acentrado de prácticas y mecanismos.¹³ En ese sentido, ello nos impone el reto de movernos no sólo más allá del Derecho, en los márgenes de la sociedad y el Derecho actual, sino que también aún dentro del marco institucional del Estado de Derecho actual.

La civilización capitalista organiza su dominación de la forma más coherente y unitaria posible mediante relaciones diversas y estrategias de conjunto. Por tal razón, si pretendemos superarla hacia formas civilizatorias éticamente más edificantes, dicha civilización y sus formas de dominación o hegemonía, si se prefiere, deben ser asediadas y asaltadas por todos lados y todas partes. Las resistencias deben ser múltiples y darse, por lo tanto, dondequiera que se manifiesten. Ya lo advirtió Foucault:

“Para resistir tiene que ser como el poder. Tan inventiva, tan móvil, tan productiva como él. Es preciso que, como él, se organice, se coagule y se cimente. Que vaya de abajo hacia arriba, como él, y se distribuya estratégicamente”.¹⁴

A aquellos que proclaman desde sus cómodas trincheras ideológicas que no se puede virar el derecho al revés desde los espacios del derecho formal o estatal, sólo les advierto que no hay atajos ni caminos fáciles. La realidad es antojadiza: es tal cual es y no lo que yo prefiero que sea. Lo demás son có-

¹³ Véase sobre este particular a Michel Foucault, *Un diálogo sobre el poder*, Alianza Editorial, Madrid, 1985. Por su parte, Carlos J. Rojas Osorio desarrolla el tema en su libro *Foucault y el pensamiento contemporáneo*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1995, págs. 129-141.

¹⁴ Michel Foucault, *Un diálogo sobre el poder*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, pág. 162.

modos caprichos sin asidero alguno en la realidad y, por ende, sin posibilidad alguna de transformarla.

Hay quienes preguntan si es posible un Derecho humilde, como el propuesto, cuando sabemos que el Derecho es, en última instancia, relación de poder. Desde sus inicios la Facultad de Derecho Eugenio María de Hostos, donde laboro, ha insistido como proyecto educativo alternativo en promover una comprensión más incluyente y amplia de los procesos prescriptivos de normas en la sociedad contemporánea. De ahí que nuestros estudiantes sean expuestos a experiencias práctico-integradoras (clínicas) en una multiplicidad de escenarios, tanto gubernamentales como no gubernamentales desde los cuales se enuncian prescripciones normativas pertinentes. Más allá de los tribunales, las agencias administrativas y la Asamblea Legislativa, se privilegia a la comunidad como espacio alternativo de construcción normativa. Además, a partir de su inserción en la comunidad, nuestro estudiante va desarrollando aquellas actitudes, sensibilidades y consciencia necesarias para potenciar la representación democrática de la ciudadanía, más allá de los grupos tradicionales de poder, en los procesos de construcción y reconstrucción permanente del Estado de Derecho.

El Derecho se hace así humilde, tanto en su dimensión epistemológica como en su dimensión práctica. El jurista asume así su función estratégica de organizador social facilitando que cada cual pueda darse su ley, a partir del entendimiento cabal del hecho de que sólo un Estado de Derecho participativo en sus procesos prescriptivos puede aspirar a su tan necesaria legitimación. Y es que Jean-Jacques Rousseau dio en el clavo cuando insistió en que sólo se puede amar libremente a aquella ley que uno mismo se ha dado. En fin, tenemos que transitar, como nos pedía Nietzsche, hacia la superación del signo opresivo al signo emancipador del poder. El poder también tiene que hacerse humilde.

Finalmente, hay que re-crear el Estado haciéndolo más difuso como el poder. La sociedad civil ha cultivado siempre unos espacios o focos paralelos de poder y prescripción normativa. Incluso, me atrevo a sugerir que sólo mediante la potenciación y expansión creciente de los mismos es que podríamos como sociedad ir desarrollando nuevas formas de gobernabilidad más pertinentes a nuestras realidades y necesidades, dentro de un espacio social reconstruido.

La sociedad actual tiene ante sí el reto de explorar nuevas formas del Estado a partir de un espacio social que ya éste no domina absoluta y burocráticamente, y que al fin y a la postre nunca realmente dominó por sí sólo. El Estado, en su forma actual, ya es incapaz en las nuevas circunstancias de controlarlo o solucionarlo todo desde el centro. Ya no constituye el mega-articulador simbólico, es decir, se ha erosionado su capacidad para instituir subjetividad y construir pensamiento. De ahí que tiene que re-crearse, socializarse, hacerse comunidad, de forma tal que pueda articular nuevas y más amplias estrategias de intervención y cambio, a partir de una presencia o integración suya en contextos y perspectivas más particulares e inmediatas. Es potenciar democráticamente al Estado para que

efectivamente gobiernen los ciudadanos y las comunidades. De esta forma se posibilitan nuevos enfoques y soluciones a una diversidad de problemas sociales que, con su característica complejidad, ya no toleran intervenciones burocráticas y centralizadas. De esta forma el ciudadano por fin puede apropiarse democráticamente del sentido de su vida.

De eso depende en fin la posibilidad de darle legitimidad a cualquier orden constitucional en nuestros tiempos. Hay que salir de las ilusiones jurídicas y que si se van a reconocer el valor de los sueños, que sean éstos los del pueblo todo y no los de una clase dominante, una elite burocrática o una minoría privilegiada.

¿Cuál es la velocidad del sueño?, se preguntó el otro día el subcomandante zapatista Marcos. “No lo sé. Tal vez es... Pero no, no lo sé... En realidad, acá, lo que se sabe, se sabe en colectivo”, sentenció.¹⁵

¹⁵ Subcomandante Marcos, “La velocidad del sueño”, *La Jornada*, 1 de octubre de 2004